

El Tito

TITO tenía 36 años cuando murió. En consecuencia apenas alcanzó la mitad del promedio de expectativa de vida que según las estadísticas se tiene hoy día, lo que, contemplado desde ese punto de vista, no es normal. Por otro lado, parece que las estadísticas sobre la expectativa de vida actualmente sólo representan una variable de cálculo para los seguros, las jubilaciones, la efectividad de la medicina moderna, lugares aproximados requeridos en hogares de ancianos y seguramente en relación con muchos otros contextos. Al individuo no le fija ninguna regla, solamente una esperanza, la de alcanzar o quizás superar dicha edad —ejemplos hay, por supuesto, suficientes entre conocidos y amigos - siempre que un accidente automovilístico, un atentado terrorista, la caída de un avión, un infarto cardíaco, un accidente ferroviario, el cáncer, la cirrosis, una guerra, la bala perdida de un asaltante de banco o cualquier otra cosa de entre las muchas que nuestra civilización ya logró, no trace, ya sea abrupta o lentamente pero en todo caso indefectiblemente, la raya final debajo de nuestra existencia.

Pero la vida de Tito no fue víctima de ninguna de las formas de muerte de esta civilización. Todos los vecinos coincidían que en su caso tuvo que ser así, y a la vez, con esa opinión quedaba en evidencia que en el fondo nadie, sinceramente, podía llorar su muerte. Al contrario, todos la habían estado esperando desde hacía tiempo y en lo más hondo de sus corazones seguramente hasta la habían deseado.

Al menos hubo por bastante tiempo un tema de conversación interesante en el barrio, especialmente también porque uno que otro aún tenía que someterse a un interrogatorio sobre el carácter y comportamiento de Tito, al que en particular la Sra. Krauthäuser esperaba con ansiedad, ella que desde siempre venía diciendo que lo del Tito seguro no podía tener un buen final. Ella en realidad vivía en el edificio contiguo, pero también en el tercer piso, junto al apartamento de Tito. Por años había llevado un registro de los sucesos e incidentes que ocurrían en el apartamento de Tito, lo que no era difícil por las paredes tan delgadas. Sí, hasta había anotado, palabra por palabra, muchas de las expresiones que Tito había manifestado. ¡Pues esta tarea de años sencillamente no podía haber sido en vano!

Recién a los seis años Tito se había enterado por su maestro de que en realidad se llamaba Carlos Sigfrido. Con estos nombres lo habían dejado bautizar sus padres, Ana y Guillermo Korschenbroich.

Para el padre, el nombre "Carlos" tenía un aire de grande, y "Sigfrido" sonaba muy fuerte, dos características que con Tito verdaderamente se convirtieron en realidad. Además —así opinaba el padre y más tarde su hijo también— eran suficiente garantía para llevar exitosamente la vida adelante.

Es así que Tito, bajo la mirada orgullosa de su padre, desde su tierna infancia practicó sacar provecho de su físico, logrando el respeto de sus compañeros, pues en esa época lucía al menos dos años mayor que ellos.

Unos quince años atrás, no solamente por mera casualidad, Tito había podido alquilar uno de los pocos apartamentos de tres ambientes en ese barrio.

"Yo le digo: eso no pudo haber sucedido por las vías normales", había dicho enseguida la Sra. Krauthäuser a la Sra. Schüttler, una jubilada que vivía en la planta baja, a la izquierda, con la que podía permanecer durante horas en los descansos de las escaleras pasando revista a la vida de los vecinos. "Yo, por lo pronto, estoy tratando de conseguir desde hace doce años un apartamento más grande y siempre

fui rechazada. Y ahí aparece esa parejita, tienen que haberse casado recién, y me quita ese apartamento de las narices. Créame, de verdad que en este mundo ya no existe justicia. Pero mañana voy a estar en esa oficina, se lo juro. ¡Esos sí que me van a oír!

Como todos los apartamentos de esos edificios eran propiedad del municipio, la Oficina de Viviendas era responsable de su ocupación. Por supuesto que tomaban sus decisiones después de haber efectuado un estudio minucioso, considerando todas las circunstancias del caso, entre las que cuenta también la presentación de un Permiso de Derecho a la Vivienda que se podía obtener en la municipalidad, en la Oficina de Asistencia Social, cuando se cumplía con ciertos requisitos. Ello determinaba a la vez el grupo de personas que vivía allí. Forzosamente los inquilinos eran familias de bajos ingresos, como jubilados, obreros del grupo de asalariados bajos, o que recibían asistencia social. Ninguno de ellos estaba en condiciones de pagar un alquiler como el que se pedía en el mercado libre; únicamente podían pagar los alquileres extremadamente bajos de ese vecindario. Pero eso traía también, en consecuencia, que los edificios se mantenían tal cual habían sido construidos al finalizar la guerra.

En aquella época se habían edificado en las afueras de la ciudad, en el lugar donde había que sacar relativamente pocos escombros, largas filas de edificios de apartamentos, un edificio al lado de otro, para superar cuanto antes la grave falta de viviendas. Toda la edificación había obedecido a la idea de lograr el mayor número de viviendas sobre el menor terreno posible, porque ello favorecía las estadísticas. El problema del costo se había solucionado usando materiales especialmente baratos y multiplicando por equis veces un único plano, dependiendo del tamaño del terreno como único condicionante.

Claro que de los primeros inquilinos ya no vivía más nadie allí. En el ínterin todos se habían mudado a vecindarios mejores. Muchos se habían construido su propia casa y, con los años, la ciudad había descubierto la ventaja reguladora que ofrecían los edificios para solucionar la necesidad de vivienda de ciertos grupos de la población.

No se puede decir que el tiempo haya pasado sin dejar huellas en ese barrio, pero sí las abnegadas consideraciones partidarias de los integrantes de la Oficina de Planificación y Urbanismo de la ciudad y con ellas cada medida de saneamiento, cuyo costo, por supuesto, hubiera sido volcado a los alquileres. Pero los que allí vivían ya no las hubieran podido pagar; se hubieran visto obligados a abandonarlas...

En consecuencia, realmente era mejor dejar todo tal cual estaba y simplemente olvidarse de ese barrio. Pues lo que se ha olvidado no es ya una carga para la conciencia.

Y los moradores se acostumbraron a ello. Dejaron de ver esas feas fachadas grises; no les disgustaba más que las puertas estuvieran permanentemente abiertas, porque de todas maneras ya no se podían cerrar con llave, que los timbres hubieran dejado de llamar por un electricista hacía tiempo, y que entre los edificios nunca amaneciera realmente, porque el sol simplemente no encontraba nada que pudiera hacer brillar. Las paredes de las escaleras contaban cientos de historias sobre los inquilinos y sus visitas, y en todos los pisos se habían impregnado los olores de las cocinas de decenios.

A cada apartamento pertenecía un espacio en el sótano, es decir, una de esas típicas separaciones de rejillas de madera, en los que siempre se puede ver cuánto carbón, papas y envasados el vecino tiene y todo el cambalache de cosas inútiles que guarda sólo porque no se atreve a separarse de ellas.

El lugar que correspondía a Tito aún estaba vacío. Como se había mudado en el verano, encargaría el carbón más tarde, y si se es recién casado y se tienen veinte años, aún no se tiene nada que se pudiera guardar.

Ellos habían puesto su casa con sencillez y a crédito. ¿De dónde hubiesen podido sacar el dinero? Teniendo toda la vida por delante se confiaba despreocupadamente en las promesas de futuro de las instituciones crediticias y se paga puntual y meticulosamente las cómodas cuotas mientras no suceda nada imprevisto. ¿Pero qué habría de pasar?

Tito era joven, sano y fuerte, tenía su buen trabajo fijo, el banco tenía su seguridad, todo estaba en orden.

Enseguida, en la primera semana, Tito renovó el apartamento de punta a punta; cualquier otro hubiera demorado el doble en hacerlo. Había que reconocerlo: sabía trabajar duro. Pero esa vez también fue la última en que se ocupó de asuntos de la casa. "Las tareas de la casa son cosas de mujeres", siempre decía.

La esposa de Tito, una mujer más bien pequeña, frágil, vestida con sencillez, de cara delgada y suave, con cabello rubio ceniza que le llegaba al hombro, era vista por los vecinos sólo cuando salía de compras. Alguna que otra vez se cruzaba con algún inquilino en la escalera. Entonces murmuraba en voz baja un "buenos días", pero jamás permitía que la involucraran en un diálogo; siempre lograba escabullirse silenciosamente para efectuar sus compras. Era un camino bastante largo hasta el lugar de compras más próximo, porque al igual que los concejales de la ciudad, todos los supermercados y negocios, dentro de su concepto de estrategia de venta, habían declarado a este barrio zona carente de interés, por supuesto, después de un escrupuloso estudio de *marketing*.

El dueño del boliche De la Esquina, el único de la zona, había aprovechado dicha situación colocando en una pared del *living* que se encontraba detrás del boliche, una ventana grande e instalando un quiosco, en el que ofrecía todo lo que se necesita para el abastecimiento diario. De esta manera hasta logró cierta prosperidad, porque había muchos vecinos a los que el camino hasta el supermercado se les había tornado demasiado cansador y ahora vivían de las cosas menudas que él ofrecía. Además, siempre se daba la oportunidad agradable de una pequeña charla con los vecinos para enterarse de primera mano de las últimas novedades y para comentarlas debidamente.

Con regularidad, a las cinco de la tarde el dueño del boliche era reemplazado por su mujer, porque era tiempo de abrir el bar, para que los hombres que volvían del trabajo en la mina pudieran bajar por su garganta el polvo del carbón.

Con el correr de los años, su boliche se había transformado en el centro social de todo el barrio. Todos conocían a todos; el bolichero los conocía a todos; este era el centro de todos los chismes y noticias que no podían leerse en ningún diario, pero que aparentemente eran de extremo interés para los que allí vivían.

A Tito desde un principio le gustó esta costumbre placentera de interrumpir el camino a casa, entrar junto a sus compañeros en el De la Esquina para beber dos, tres o a veces aún más vasos de cerveza, según el estado de ánimo o la importancia de la charla. Al poco tiempo logró lo que ningún otro pudo: tener su lugar permanente en la barra, que cada uno le cedía con gusto sin importar la hora en que entrara al boliche. Otra costumbre suya era llevarse dos o tres botellas más de cerveza después de la interrupción de su camino a casa en la tarde — "para la cena",

siempre decía—. Aunque parecía que a menudo no alcanzaban, ¿cómo se explicaría si no su frecuente regreso después de la cena y de las noticias de las ocho?

Pero en realidad no había por qué ocuparse de ello, porque al fin y al cabo era su problema cuántas veces quería ir al boliche. Además, esas noches prometían ser entretenidas, ya que Tito siempre tenía algo de qué hablar, sobre lo que cada uno podía opinar como quería, y tampoco podía llamársele tacaño, porque cada tanto pagaba una vuelta. Era un minero hecho y derecho, y eso era algo que se sabía apreciar, sobre todo en los círculos bolicheros. Al dueño del boliche le resultaba especialmente simpático porque nunca tenía deudas; tampoco más adelante, cuando se excedía un poco en copas, lo que ocurría más frecuentemente con el correr del tiempo. "Se puede estar tan borracho como se quiera, pero hay que conservar su decencia", siempre decía, mientras se esforzaba en sacar los billetes de su billetera para pagar su consumo, con la cabeza en alto y mirando en redondo con orgullo, esperando recibir la aprobación de todos. Ante tal principio de vida, por cierto plausible, pero a pesar de ello dejando cierto malestar inexplicable, los que allí estaban permanecían en silencio, ya que a más de uno le venía a la memoria cuántas veces había dejado su cuenta sin pagar, porque aún faltaban demasiados días hasta poder retirar de su cuenta su próximo sueldo o jubilación.

Además, de todas maneras era mucho mejor no contradecir a Tito en estas cuestiones tan esenciales de la vida. Todos lo conocían ya tan bien como para saber que no soportaba por riada una contradicción o lo que al menos pareciera serlo. Algunos ya habían hecho una experiencia dolorosa al querer convencer a Tito que algunas de sus opiniones eran equivocadas.

Pues, tanto más Tito había bebido, tanto más bajo era su umbral de irritación, y si las palabras ya no alcanzaban, eran sus puños los que debían poner las cosas en su lugar, al menos en lo que él consideraba su lugar. Por ello tampoco era un desconocido para las autoridades del orden; había sido procesado varias veces en su juventud por el delito de agresión física. En el marco de un programa de rehabilitación social de la ciudad se le había asignado luego el apartamento en ese barrio. Con dicho programa se quería ayudar a juveniles con antecedentes penales a reintegrarse a la sociedad, y se consideraba una piedra fundamental de dicho proceso, como una garantía de éxito, el otorgarles una vivienda que superara las necesidades básicas aun de un ciudadano común. Todo parecía indicar que se había tenido éxito, pues los primeros dos años que Tito vivió allí nada había sucedido que hiciera necesaria la intervención de la policía o del juzgado, al menos nada había llegado hasta ellos. Y cambiar un carácter o eventualmente influir en cierto comportamiento no provechoso a la sociedad no era competencia de la administración municipal. Además, nadie de los que en aquella época tuvieron una disputa violenta con Tito —que siempre tenía lugar delante del boliche, porque, según Tito, la "Esquina" debía mantenerse limpia— estaba dispuesto a efectuar una denuncia, porque también ellos se habían excedido con el alcohol, de manera que obviamente tenían que asumir su parte de culpa. Más allá, estaban convencidos de que de todas maneras era mejor vivir en paz, sin hacer un drama de esos pequeños incidentes, ya que todos eran vecinos y nadie quería hacer daño a nadie.

El camino que Tito tenía que recorrer desde el boliche hasta su casa era corto. La mayoría de las veces hasta se encontraba de bastante buen humor, canturreaba un poco o expresaba alguna idea más sobre el último tema tratado, pero aparte de las fachadas oscuras de los edificios, ya nadie le prestaba atención. Cuando a continuación subía por las escaleras al tercer piso, en los años siguientes más bien a los tropezones, no lograba hacerlo en silencio, porque todos los borrachos del mundo pierden la noción del ruido que hacen y se comportan como si ellos fueran los únicos que existen.

La Sra. Krauthäuser, que regularmente se acostaba a las nueve, porque según su opinión, el sueño antes de la medianoche era el más sano, podía recordar perfectamente la noche en que Tito volvió por primera vez en ese estado a su casa.

"Pues sepa", le comentó enseguida a la mañana siguiente a la Sra. Schüttler, "que no pude pegar más un ojo. Semejante falta de consideración de ese Tito. Como que una no tuviera necesidad de dormir. Una vez que me despierto, ya no puedo dormir por el resto de la noche. ¡No puede usted ni imaginarse todo lo que ése le dijo a su mujer!" Bajando la voz miró a su vecina significativamente: "Usted ya sabe lo que quiero decir. Bueno, yo le digo: esa mujer es de tenerle lástima. Pero usted puede estar segura de que yo voy a presentar mis quejas!".

No presentó sus quejas en ninguna parte. Sabiamente también calló el hecho de que al menos durante una hora había permanecido de pie en su habitación con la oreja pegada contra la pared, registrando cuanto sucedía detrás de ese muro, primero furiosa y después con su corazón palpitando fuertemente. Por lo pronto no quería que la Sra. Schüttler tuviera la impresión de que ella era una persona curiosa. Pero justamente en esa noche tomó la decisión de comenzar a tomar apuntes sobre lo que acontecía en el apartamento de Tito.

Nunca se sabía...

En el tercer año desde que Tito se había mudado a este barrio nació su primer hijo, un varón, al que quiso bautizar con el nombre de Carlos. "Un nombre alcanza, así más tarde no tiene que escribir tanto", decía riendo a cada uno de los que entraban al boliche, donde todos festejaban debidamente el nacimiento. "Fue un hijo deseado, un varón, justamente lo que deseaba", brindaba una y otra vez con los presentes, acompañando con carcajadas esas palabras que él consideraba tan originalmente chispeantes, dando entusiasmado un golpe en la espalda al que estaba más próximo a él con tal fuerza que le hacía doblar las rodillas y seguramente éste se llevaba un moretón de recuerdo a su casa. A pesar de que el festejo se prolongó por más de una semana, la Sra. Krauthäuser pudo dormir bastante bien, ya que la esposa de Tito permanecía en el hospital y el leve ruido que Tito hacía cuando llegaba a casa podía tolerarse sin mayores problemas tapándose los oídos con la frazada.

Una tarde, después de más o menos diez días, paró un taxi delante del edificio. Como alarmados por una señal misteriosa, todos los vecinos miraron por la ventana esa mancha de color beige que parecía un cuerpo extraño allí entre los *blocks* de su aburrido gris. Observaban cómo se abría la puerta del auto, cómo se bajaba la mujer de Tito con el bebé envuelto en una manta, cómo el taxista le alcanzaba un bolso de la valija y cómo ella lentamente y caminando con cierto esfuerzo desaparecía entrando por la puerta del edificio.

La Sra. Krauthäuser, por las dudas, se quedó un poco más en la ventana, mirando por un momento el taxi que se alejaba, que al desaparecer dejaba todo en las condiciones habituales. Y como no sucedió nada especial, volvió a retomar sus quehaceres.

Cuando Tito aquel día volvió a entrar al boliche para su trago habitual de la tarde, enseguida se le informó: "¡Tito, tu mujer está de vuelta!". Sólo titubeó un segundo, reaccionando entonces con un "Bueno, ¡entonces hoy voy a poder de nuevo!", llenando su cara una amplia risa irónica, que se propagó a las caras de los presentes, dándole la sensación de haber dado una buena respuesta. Para festejar este acontecimiento, primero hubo que beber una vuelta, a la que siguieron otras cuantas más, siempre acompañadas por una copita de aguardiente. Siendo casi las nueve, Tito sacó su billetera, pagó y, diciendo su máxima de siempre, se retiró.

Los pocos que cerca de la medianoche tomaban por repetida vez su última cerveza se estremecieron cuando repentinamente se abrió la puerta de un violento golpe y Tito, con pasos grandes, se acercó a la barra. De un codazo hizo a un lado brutalmente a un hombre que casualmente estaba demasiado cerca de su sitio habitual y pidió con voz cortante una cerveza y un aguardiente. Un silencio angustiante se abatió sobre los presentes; ni la más leve carraspera se percibía. Todos miraban fijamente para adelante, como si no hubiera nada más importante que la cerveza delante de ellos. El bolichero comenzó a lavar los vasos y con el glogló del agua y el suave tintineo de los vasos al ser parados sobre el mostrador, el silencio se hizo aún más agobiante.

Finalmente trató de aflojar en algo la tensión, preguntando a Tito, como al pasar, por su hijo. "Ese berrea", fue su respuesta, que no permitía ninguna pregunta más ni continuar el diálogo. Por último uno juntó todo su coraje y le preguntó: "Y tu mujer, ¿cómo está?".

Tito se dio vuelta hacia él, lo miró de una forma que a éste casi se le paró el corazón, pero luego hizo un movimiento con el brazo, al tiempo que, dejando salir el aire ruidosamente y con desprecio por un vértice de la boca y con el cuello estirado hacia adelante, respondió agresivamente con una pregunta: "Y para qué se tiene una mujer, eh?". Y al no recibir una respuesta agregó: "Para qué me casé, eh?".

En estas condiciones nadie hubiera tenido el coraje de tratar de responder estas preguntas, especialmente porque daban fe de una alarmante filosofía de vida que en ese momento nadie estaba dispuesto a discutir. Más bien sería mejor pagar y desaparecer del boliche, antes de que Tito encontrara una víctima en quien descargar su furia.

Así Tito quedó sólo con el bolichero. Como una cinta sin fin repetía una y otra vez murmurando "¿Y para qué se tiene una mujer, eh?", sin que su agresividad se apagara en lo más mínimo.

Poco antes de la hora del cierre, el bolichero logró finalmente que Tito se retirara y, aliviado, cerró con llave el local tras él. "Menos mal que esto salió bien", dijo con un suspiro profundo cuando apagó la luz y se retiró hacia su casa.

Mientras tanto, Tito se dirigía a la suya dando traspiés. De vez en cuando se detenía, miraba los edificios pintados de negro por la noche, en los que ya no quedaba ni una sola ventana iluminada, y preguntaba a voz en cuello: "¿Para qué me casé?, ¿alguien me lo puede decir?". Pero le respondían solamente con su propia voz. Levantó sus puños y gesticulando salvajemente los amenazaba: "¡Cuídate! ¡Cuídate bien! ¡Conmigo no, no, no conmigo!"

Si alguien hubiera preguntado a la Sra. Krauthäuser lo que sucedió exactamente cuando Tito llegó a casa, seguramente hubiera podido dar un relato fiel. Pero la mayoría de los vecinos se conformó con estar extremadamente disgustados por esta grave perturbación de la calma nocturna. Oyeron sus gritos, aumentados por el silencio de la noche, quebrados por estrépitos de vidrios y de cosas que caían, y cuando tomaba él un respiro, y creían que finalmente todo había terminado, escapaba hacia la noche el llanto del bebé.

Tomó como una hora que la calma retornara al fin y los edificios volvieran a desaparecer en la oscuridad. Únicamente el llanto del pequeño Carlos no cesaba y un vecino creyó incluso oír los sollozos de una mujer.

A la mañana siguiente, Tito hacía horas que se encontraba en el trabajo; su mujer salió a buscar leche fresca para Carlos, ya que la suya no le alcanzaba. Mantenía la cabeza agachada, porque no quería ser vista por las muchas ventanas. Desde entonces lo hizo siempre cuando no podía evitar salir a la calle.

Pero justamente tuvo que encontrarse con la Sra. Krauthäuser, que la saludó con un correcto "¡Buenos días, Sra. Korschenbroich!", lo que ella ni siquiera notó.

"Sabe", se acaloraba indignada poco después la Sra. Krauthäuser con la Sra. Schüttler: "Ahí una saluda amablemente a la Sra. Korschenbroich, e imagínese, ni

responde. Aunque tenga problemas con su marido, eso no significa que tenga que ignorar a los vecinos, ¿o acaso nosotros le hicimos algo? Bueno, yo le digo: no quisiera ni saber en qué circunstancias fue criada. Mucha cosa allí parece no haber habido. Usted ha de conocer el viejo dicho: `Cada cacerola tiene su tapa' o algo parecido. Usted me entiende, ¿verdad?"

La señora Schüttler se abstenía totalmente de dar una opinión. Ya había pasado largamente los setenta y estaba feliz de que al menos alguien conversara con ella. Hasta disfrutaba escuchando a la Sra. Krauthäuser, quien a su vez apreciaba que su vecina nunca hiciera comentarios. Aunque muchas veces no compartía su opinión, jamás lo hubiera admitido, para no correr el riesgo de que la Sra. Krauthäuser quizás nunca más le dirigiera la palabra. Además ya tenía edad suficiente para haberse dado cuenta de que ya no ejercía ningún poder sobre el andar del mundo o sobre la vida de alguien en particular, si es que en algún tiempo de su vida lo tuvo. De manera que cada cual tenía que ver cómo se las arreglaba; ella ya no podía ni quería ocuparse de los problemas de los demás.

Como ella pensaban también los demás vecinos. Cambiar a Tito o querer tener cierta influencia sobre él, era de entrada una empresa imposible. Como uno es capaz de acostumbrarse a todo –también a cosas desagradables, por el solo hecho de que sucedan con suficiente frecuencia–, con el tiempo todos se fueron acostumbrando a los ataques de rabia de Tito, que con los años adquirieron cierta regularidad: duraban siempre alrededor de una hora.

A la Sra. Krauthäuser, mientras tanto, ya le daba igual si la esposa de Tito la saludaba o no, pues por lo pronto había cosas más importantes que hacer en este mundo.

De todos modos, a la Sra. Korschenbroich se la veía poco, y siempre cabizbaja, escurriéndose entre los edificios. Casi siempre llevaba pantalones y un saco de manga larga, para que las miradas curiosas no pudieran ver las huellas de los gritos de Tito en sus brazos y piernas, aunque a menudo se podían ver con bastante claridad en su cara.

Nadie, nunca jamás nadie llamó de noche a la policía para detener las palabrotas, las maldiciones y los golpes de Tito. Posiblemente, o más bien seguramente, habría que haber dado a la policía nombre y dirección, quizás hasta comparecer como testigo, con todos los inconvenientes que esto significaba. ¿Y cómo hubiesen podido enfrentarse luego a Tito, si éste hubiese sabido que lo habían denunciado ante la policía? No, nadie quería correr este riesgo. Sí, claro, se le podía tener lástima a la mujer, pero, ¿qué se podía hacer? Al fin y al cabo uno también tenía responsabilidades frente a sí mismo o la propia familia.

Distinta era la situación cuando Tito llevaba a cabo una de sus riñas delante del boliche. En ese caso alcanzaba una rápida llamada anónima y la policía se hacía presente de inmediato y se llevaba a Tito: lesiones leves, lesiones graves, resistencia a la autoridad figuraban entonces en el parte policial y siempre alcanzaba para poner a Tito por un tiempo detrás de rejas. Cuando luego volvía a aparecer, los del De la Esquina lo recibían amablemente en el boliche con "Tito, ¿de regreso?", y después había que festejar debidamente su retorno...

Mientras Tito permanecía en prisión y según las autoridades no podía hacerse cargo de su familia –que ahora constaba de seis personas, ya que Tito le había hecho tres hijos más a su esposa–, ésta quedaba bajo el cuidado de una asistente social. Ella calculaba exactamente cuánta ayuda social requerían en ese tiempo, firmaba las órdenes de pago e informaba al patrón el monto que debía retener del salario de Tito una vez liberado, para hacerlo llegar a la Oficina de Asistencia Social. Solamente a

primera vista llamaba la atención que Tito no perdiera su trabajo en la mina. Pero Tito era realmente un buen minero. La Oficina de Recursos Humanos sabía apreciar que siempre estuviera dispuesto a trabajar en los lugares más difíciles y que no le importara en lo más mínimo ensuciarse las manos. Gente así no es fácil de encontrar.

Viendo al primogénito de Tito se podía ver cómo pasaban los años. Crecía y cumplía lo mejor que podía con el deber de hijo mayor que el destino le había preparado. Ayudaba a su madre en lo que podía, hacía las compras, subía los pesados baldes de carbón del sótano al apartamento, cuidaba con responsabilidad a sus hermanos y era él quien siempre dejaba entrar, sigilosamente a su madre cuando de vez en cuando lograba huir de Tito para esconderse en el sótano, entre las rejillas, hasta que su marido se hubiera dormido. En esos momentos Carlos se estrechaba a ella especialmente fuerte antes de acostarse a dormir, transmitiéndole así un débil pero consolador sentimiento de que no estaba sola en el mundo.

Ella solía permanecer sentada entonces por un rato en la oscuridad; gozando del silencio y tratando de dominar su desesperación buscaba en sus pensamientos una y otra vez, esperando encontrar una salida a su situación. Pero no la encontraba. El miedo que le tenía a Tito sencillamente era demasiado grande como para que le permitiera hallar un camino de libertad e independencia. Resignada, entonces, se acostaba siempre esperando que sucediera un milagro.

Carlos ahora había cumplido los doce. Parecía tener más años de los que tenía, y quienes se cruzaban con él, dentro o fuera del edificio, podían constatar que jamás bajaba la mirada. Al contrario. Su rostro había adquirido una expresión como de orgullo, de inaccesibilidad y a la vez de rechazo, y en los vértices de sus labios se había grabado un rasgo de obstinación.

Su padre una vez más estaba cumpliendo una condena y debía ser puesto en libertad ese día. Avanzada la tarde se presentó, como era de esperar, en el boliche y fue recibido con el habitual saludo "Tito, ¿de regreso?", comenzando el festejo. A todos los que lo querían oír —o no— les aseguraba una y otra vez: "¡Cinco meses! ¡Cinco meses sin mujer! ¡Eso es duro!".

Sus manifestaciones giraban únicamente alrededor de este tema, y con el aumento del consumo del alcohol sus expresiones cada vez se hacían más obscenas. Él mismo se consideraba como el más ocurrente cuando se le vino a la mente la idea de decir: "¡De seguro que es más barato en casa!". Consideró esta expresión tan genial que se descostillaba de risa y los demás lo acompañaban entusiasmados. Siguieron repitiendo esa frase a gritos hasta que finalmente era hora de ir a la casa.

Tito gritaba su ocurrencia a voz en cuello a todo el vecindario mientras caminaba tambaleándose hasta su casa, interrumpiéndose cada tanto con esa carcajada tan característica de los ebrios.

Su familia lo oyó desde lejos. A su mujer la invadió el pánico, que trató de superar en vano. Carlos tomó su mano en la suya y la acariciaba sin cesar, sin apartar la vista de ella ni un solo instante.

Oyeron cómo Tito subía a tropezones los escalones; ella abrió la puerta y él por poco cayó dentro del corredor. "¡Hola!, ¡aquí estoy de vuelta!", vociferó.

¿Sería que Tito hoy hacía más escándalo o que los vecinos ya se habían acostumbrado demasiado a la transitoria calma, que esta vez sintieron su griterío tan terriblemente espantoso? ¿O habrá sido que hoy a su voz vigorosa, a los ruidos de

objetos que caían, a los agudos gritos de su mujer, se sumaba la voz infantil de Carlos?

Y repentinamente, como cortado, ningún sonido más.

El súbito silencio entró como un relámpago en las viviendas de los vecinos, que desconcertados se sentaron en sus camas, escuchando intensamente. La Sra. Krauthäuser apretó su oreja aún con más fuerza contra la pared, con la esperanza de poder oír por lo menos algo. ¡Nada! Las luces se prendieron en todas las ventanas, de manera que realmente aclaró entre los edificios. Toda la gente miraba con curiosidad, sin comprender, hacia el apartamento de Tito. Los inquilinos del mismo edificio, cubriéndose ligeramente con una bata, salieron a la escalera y trataban de adivinar qué habría pasado, porque desde el apartamento de Tito un silencio escalofriante, cada vez más inquietante, se fue apoderando de los corazones de los que estaban allí.

La Sra. Krauthäuser estaba más y más segura de que allí, del otro lado de la pared, esta vez había sucedido algo que había que investigar. Por eso no dudó más, fue hasta el teléfono y llamó a la policía, dando con exactitud su nombre y dirección. A continuación se puso su sobretodo, bajó por las escaleras, salió del edificio y recorrió los pocos metros hasta la entrada del edificio contiguo, para cuando llegase la policía poder identificarse como la persona que cumpliendo con su deber de ciudadana había efectuado la llamada.

Apenas había alcanzado el lugar cuando un coche policial dobló por la esquina del edificio, parándose delante de la entrada. Su luz azul fue atrayendo como un matamoscas eléctrico a cada vez más gente de los edificios vecinos.

Los dos policías que habían descendido del auto intercambiaron unas palabras con la Sra. Krauthäuser y subieron por la escalera, seguidos siempre por ella, hasta el tercer piso. Golpearon a la puerta, que se abrió silenciosamente, y segundos después uno de ellos bajó al auto para transmitir un mensaje.

No pasó mucho hasta que una ambulancia, roja como sangre, se detuvo delante de la entrada. Mientras un médico subía la escalera corriendo, dos enfermeros abrían con manos experimentadas las puertas traseras, sacaban una camilla y subieron también.

A los pocos minutos bajaban a Tito. Yacía sobre la camilla, fuertemente sujeto e inmóvil. Sus ojos estaban cerrados y una palidez acerácea cubría su rostro.

La gente se apretujaba para llegar adelante y poder echar una mirada sobre la camilla, pero todo fue tan rápido que solamente los de la primera fila pudieron reconocer indefectiblemente a Tito.

La ambulancia abandonó el barrio sin hacer sonar la sirena; llegó un segundo coche policial y un automóvil particular, cuyos ocupantes se dirigieron también al apartamento.

Una tensión inmensa, indescriptible, se apoderó de los mirones, que se dedicaban a hacer las suposiciones más diversas, ávidos de enterarse cuanto antes de todos los detalles de lo sucedido.

Era también el gran momento de la Sra. Krauthäuser. Un atento auditorio se había formado a su alrededor, al que entregaba solícitamente múltiples pormenores sobre sus conocimientos, acompañados de comentarios propios. Como salidos de la tierra, de repente había reporteros que comenzaron a hacer preguntas a los allí presentes y

finalmente apartaron a la Sra. Krauthäuser, quien gozaba abiertamente su importancia sobresaliente de los demás, para hacerle algunas preguntas puntualizadas. Estaba justo a punto de llenar sus pulmones para volcar un nuevo torrente de palabras sobre los inquisidores cuando Carlos y su madre, acompañados por dos policías, salieron por la puerta. La campera que se había puesto sobre el pijama se abrió un poco, dejando ver una serie de manchas rojas sobre la tela rayada. Llevaba la cabeza erguida, no desviaba la mirada de ninguno de los mirones y el rasgo de obstinación alrededor de su boca se había profundizado considerablemente.

Su madre, que estaba completamente vestida, le había colocado su brazo alrededor tan fuertemente como si nadie de este mundo pudiera separarlos. Por primera vez era posible mirarla a los ojos, cuando examinó a los que estaban parados frente a ella con una mirada despejada, en la que no se podía distinguir ninguna emoción. ¿Y no había en su rostro una muy leve sonrisa?

Relampagueaban *flashes* cuando ambos fueron conducidos a uno de los autos policiales a los que subieron para ser llevados. El auto particular se llevó a los otros tres hermanos. Repentinamente los vecinos sintieron qué fresco estaba en realidad y se dispersaron con lentitud y vacilando, no sin voltearse una y otra vez, como cuando no se está seguro de lo que ha acontecido. Una tras otra se fueron apagando las ventanas y así los edificios fueron devueltos a la noche.

A la mañana siguiente, el bolichero abrió su quiosco a las siete y media, muy contra su costumbre, pero ya esperaba allí una considerable cantidad de personas que querían comprar uno de los diarios sensacionalistas baratos, para discernir finalmente esa incertidumbre angustiante.

¡Y allí estaba! En la primera página podía leerse con grandes letras negras:

¡CHICO DE 12 AÑOS APUÑALA A SANGRE FRIA A SU PROPIO PADRE!

Al lado, la foto de Carlos y su madre cuando salían por la puerta. Y entonces todos lo vieron: ¡ella realmente sonreía!